TREGUA

A M.ª de Gracia Ifach.

NO. No quiero saberlo.
Perdonadme. Tal vez sea pecado
desertar un momento... Mas no quiero
enturbiar estas aguas que me envuelven,
—unas extrañas aguas de bondad
casi olvidadas...—

No quiero preguntar por el culpable
y encontrarme, de pronto, entre los dientes
algo que maldecir sin más remedio.

Sólo quisiera ahora
tener entre los labios el nombre generoso
de la luz y del viento...,
de la tierra mojada,
del pino, del rosal y del geranio...

(Si supierais vosotros cómo huele aquí el aire...
Limoneros redondos, apretados azahares...
y esos árboles
que custodian mi calle...
Si supiérais vosotros,
amigos,
hermanos,
cómo huele aquí el aire...
cómo se extiende, tierno y verde,
—prolongación de mi criatura—
el campo...)

Por eso.
Sólo por eso os digo
que no quiero saberlo.

Quiero olvidar que hay hombres
aullando;
que hay niños de ojos tristes,
que hay palabras terribles
y terribles presagios.

(Sostengo entre las manos
un terso aroma de naranjas.
¡Si vosotros supierais
cómo huele aquí el aire...!)

Dejadme.
Quiero olvidar el humo
de las fábricas;
el torso del obrero maltratado,
y esas voces que cruzan los caminos
a pedradas...
Quiero olvidar, hermanos, tantas cosas:
mi niñez repitiéndose
eternamente por las calles;
la humillación de todos y la mía
en mí y en cada uno.
Quiero olvidar que el hombre
está solo y cansado.
Quiero olvidar el miedo
profundo y animal que nos abate.

Dejadme.
Es tan sólo un momento.
Un espacio pequeño
para sufrir intensamente el gozo,
para sentir, en torno a mí, la vida
como una llaga dulce, inesperada...

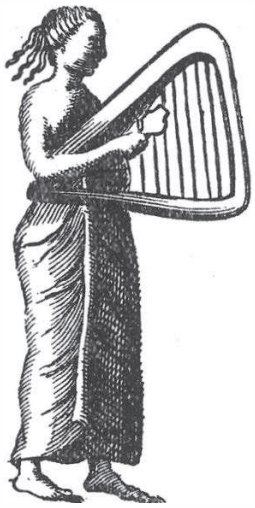
Porque vosotros no sabéis, hermanos,
cómo huele aquí el aire.

(Limoneros redondos, apretados azahares...
y esos árboles
que custodian mi calle...)

Sí, lo sé.
Y junto a todo esto,
sempiterno y terrible,
el daño...

Pero ahora dejadme.

No quiero preguntar por el culpable.



ANGELINA GATELL